

se limita á excitar la acción de la inteligencia y preparar su desarrollo, evitando la explicación de reglas abstractas y el encomendarles estudios individuales. El niño no tiene aptitud suficiente para trabajar por sí mismo, y necesita constantemente la palabra animada del maestro; el cual, por medio de explicaciones sensibles y minuciosas excita la curiosidad, despierta la atención, y estimula y anima, facilitando el trabajo. La instrucción de este primer grado se reduce á rectificar las ideas adquiridas en la educación doméstica, y procurar la adquisición de otras acerca de los más sencillos elementos de lo que debe estudiar más tarde; á excitar y dirigir las fuerzas nacientes, como la atención y el deseo y capacidad de aprender.

Preparados de esta manera en la primera división, pasan á la segunda cuando empieza á calmarse la agitación de los sentidos, cuando es menos apremiante la propensión al movimiento y á la variedad, y cuando tiende á fijarse el espíritu en los objetos de estudio. Entonces deben prolongarse las lecciones y repetirse menos, dándoles una forma más seria y rigurosa, abandonando gradualmente los procedimientos mecánicos y haciendo un uso prudente de explicaciones abstractas. El niño puede dedicarse á trabajos individuales sucesivamente más largos para ejercitar y medir sus fuerzas, y se halla en aptitud de recibir una verdadera instrucción. En tal estado, debe imponerse en los principales deberes de la moral y religión, aprender las operaciones más importantes de la aritmética, las reglas de la analogía y ortografía, y aun parte de la sintaxis, y la lectura corriente y escritura usual, como conocimientos instrumentales necesarios para la instrucción ulterior.

En la tercera división, los niños, cuya inteligencia ha adquirido nuevas fuerzas por medio de los ejercicios precedentes, pueden ocuparse en trabajos individuales más profundos, y reunen la disposición intelectual necesaria para completar la primera enseñanza. Las lecciones deben encaminarse á rectificar y ampliar los conocimientos de que pueden hacerse aplicaciones útiles en la vida, á ejercitar la razón, á aprender, á instruirse y á dirigirse cada uno por sus propias fuerzas. Por este medio es como se prepara el niño á obrar después como hombre.

Cada una de las tres divisiones exige explicaciones distintas, lecciones especiales, ejercicios diferentes; y, sin embargo, en todas se puede y debe tratar de las mismas materias de enseñanza, á fin de que la cultura de las facultades mentales sea simultánea y proporcionada al desarrollo de cada una, y de que adquiriendo el niño unos conocimientos, se prepare gradualmente á la adquisición de todos los que son objeto de la instrucción primaria.

CAPÍTULO V.

EDUCACIÓN MORAL.

§ I.

Su importancia y objeto.

Hemos dicho antes, al tratar de la educación en general, que todas las facultades del hombre deben cultivarse en completa armonía, que la salud del cuerpo es condición indispensable para el estudio, y que la cultura, tanto física como intelectual, concurre poderosamente á la educación moral, al paso que esta última hace fructificar los gérmenes de las fuerzas físicas y de la inteligencia, y completa toda la educación. Ninguno de los dones dispensados al hombre por el Criador son inútiles, y ninguno debe descuidarse, por la influencia recíproca que ejercen entre sí; pero entre todos, la razón y la libertad distinguen al ser racional de los demás animales, y son los atributos esenciales que lo ennoblecen y lo elevan á tan alta esfera, que lo hacen semejante al mismo Dios. La educación moral nos dispone á hacer buen uso de estos dos atributos de la naturaleza humana, y en esto consiste su excelencia y la importancia que tiene sobre las demás partes de la educación, consideradas cada una de por sí. La educación moral nos da aptitud y disposición para seguir las reglas impuestas á la libertad, de acuerdo con la razón, cuyas reglas gobiernan la conducta del hombre, dirigen nuestras costumbres, haciéndonos conocer nuestro destino, enseñándonos nuestros deberes y derechos, la ciencia del bien y el mal, y de la virtud y el vicio.

La instrucción y los talentos, cuando la conciencia moral no se halla por lo menos al mismo nivel, son dones funestos al que los posee y á la sociedad de que ha de formar parte. Sólo la conciencia puede utilizar los dones dispensados al hombre y a asegurarle una felicidad interior, independiente de todos los accidentes y desgracias de esta vida. La instrucción en manos de un hombre corrompido es un arma terrible, de que se vale para el logro de sus perversos fines; aunque para el que está dispuesto á amar el bien, para el hombre virtuoso, es la ciencia un eficaz elemento de moralidad y el natural auxiliar de la religión. No basta ilustrar la inteligencia para llegar al conoci-

miento de la verdad; es preciso también que la voluntad sea bastante pura y fuerte para querer lo que Dios manda. A esto se encamina la educación moral, y en esto consiste su importancia. La educación moral previene la miseria y los sufrimientos, y, cuando no, atenúa sus efectos, dando fuerzas al hombre para soportarlos: nos hace ver por la experiencia que la práctica de la virtud está de acuerdo con la felicidad posible en esta vida, inclinándonos á amar el bien, y que los bienes mundanos son perecederos por su naturaleza, que nos exponen á miserias y decepciones infinitas, haciéndonos observar y apetecer un fin más superior y pensar en nuestro destino futuro.

Para librar al hombre de los errores á que conducen las pasiones y de los sofismas que inventa el interés, necesita la educación moral una base sólida y estable, un apoyo firme y poderoso, que sólo puede hallarse en el Evangelio. Por grande que sea el imperio de la virtud, por sagrados que sean sus derechos, el hombre es débil, y asediado de continuo por inclinaciones groseras, por las instigaciones del interés y de la felicidad mundana, corría riesgo de dejarse alucinar, ahogando la voz de su conciencia, si no le sirviese de guía y escudo un intérprete fiel é incorruptible, como es la religión cristiana, que ha dado á la moral el código más completo y admirable. En medio de la confusión en que se oscurece la verdad y que ofusca nuestra razón y nuestra conciencia, la religión es la guía que nos conduce y nos libra de los enemigos de la carne, haciéndonos ver nuestro destino en relación con el conjunto de todos los seres, revelándonos nuestro origen y el término á que debemos aspirar, valiéndose de la autoridad del mismo Dios, que sabe desde la eternidad las cosas desconocidas al género humano. Sólo sobre esta base impeccedera puede fundarse la idea indestructible de los deberes.

A este propósito, un escritor católico, Mr. Gerbert, después de examinar profundamente los males de la sociedad, añade: «No es la industria la que con su actividad ha de ser la libertadora de los desgraciados: testigo el estado de los proletarios en la capital de la industria, Inglaterra; estado tan escandaloso, que casi hace desear como un beneficio la antigua esclavitud. Tampoco ha de ser la ciencia la salvadora de los desgraciados; por sí sola no es más que una pálida antorcha que ilumina sin fecundizar. Es necesario un principio superior que reanime lo que el egoísmo ha resfriado, que una lo que está dividido, que obligue á los grandes á inclinarse hacia los pequeños: es necesario que se propague por el caos de la sociedad actual el espíritu de abnegación.» Este espíritu de abnegación y desinterés sólo puede inspirarlo la religión de Jesucristo, y en ella es preciso buscar el remedio de los males de la humanidad. Para conocer y practicar nuestros deberes hemos de acudir á Dios, rogándole que ilumine nuestro espíritu, que dirija nuestra voluntad, que sostenga y corone nuestros esfuerzos.

Mas si la educación moral debe fundarse en la educación religiosa, y no es fácil separar una de otra, no por eso dejan de ser

distintas, como son diferentes los sentimientos á que se refieren. La religión, como dice Willm, es la sanción necesaria de la moral y el origen de preciosas virtudes que dependen de ella. Una piedad sin moralidad es un sentido estéril, una flor sin fruto, y una moral que no se apoyase en la religión carecería de su más segura garantía. Pero la piedad y la moralidad no dejan de ser producto del desarrollo de dos disposiciones distintas, aunque fundadas en un mismo principio de conciencia, y á pesar de tener un principio y una tendencia común, el sentimiento religioso y el sentimiento moral, necesita cada uno de ellos una educación particular.

Señalada la diferencia entre la educación religiosa y la moral, estudiaremos ahora esta última, dando primero á conocer en qué consiste ó cuál es su objeto.

La educación moral en las escuelas primarias suele confundirse con la enseñanza de ciertos preceptos y con la disciplina, que en realidad no es más que un medio de educación moral. Las lecciones de moral explicadas en las secciones superiores, se dirigen más bien al entendimiento que al corazón, se encaminan á buscar el principio y seguir ingeniosas deducciones de la moral, no á practicarla. Esto depende de que no se hace la debida distinción entre la cultura de las facultades del alma y la instrucción. Atendiendo á la diferencia que hemos establecido entre la educación y la instrucción, se conoce desde luego que la enseñanza de la moral no responde al fin que debe proponerse el maestro. Los preceptos morales, abandonados á la inteligencia, son infructuosos para dirigir la conducta del hombre; cuando más, tendrán una importancia científica: es menester que penetren hasta el corazón, y que al estudiarlos, adquiramos un convencimiento profundo de la obligación de practicarlos y las disposiciones necesarias para su observancia. Para adoptar y practicar libremente un deber, es condición indispensable desarrollar la conciencia moral hasta el punto de hacerlo aparecer como necesario, que su práctica vaya acompañada de una satisfacción íntima y profunda, y su transgresión, de sensibles remordimientos. No basta, pues, la enseñanza de los deberes en las escuelas, sino que al mismo tiempo que se inculcan á los niños, debe dárseles disposición para observarlos religiosamente por medio de la cultura de las facultades morales, desde el primer momento que se encomiendan al cuidado y vigilancia del profesor.

Parecerá extraño que cuando no ha llegado todavía el niño á la edad de la razón se trate de la educación moral, puesto que antes de aquella época no pueden decirse buenas ni malas sus acciones. Esta extrañeza, sin embargo, tiene su origen en la rutina y en la ignorancia de lo que se entiende por educación y del desarrollo de las facultades morales. Las acciones del niño, antes que el juicio y el raciocinio tengan bastante fuerza y vigor para distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, no son realmente imputables; pero encierran ya las semillas del bien y del mal, y es de mucha trascendencia vigilar y dirigir desde su

origen el germen de la virtud. Los instintos, las inclinaciones, los primeros sentimientos morales del niño, antes que las acciones de éste sean imputables, causan impresiones profundas, echan raíces casi indestructibles, y determinando la voluntad dan lugar, tanto á las buenas como á las malas pasiones, de que proviene la felicidad ó infelicidad del individuo. ¿De qué servirá que más tarde, en la escuela, en los institutos ó en la educación doméstica aprenda el niño la moral, raciocine sobre el principio en que se funda y las consecuencias que de él se derivan, llegue á ser un eminente moralista, si no ha hecho más que aprender la ciencia, sin que las verdades y los preceptos que encierra penetren en el corazón, porque se oponen á su paso las pasiones desenvueltas en la infancia? ¿De qué sirve conocer los deberes morales y la obligación de practicarlos, cuando falta el hábito de conformarse en un todo á lo que prescriben, cumpliéndolo únicamente por obedecer la voz de la conciencia?

La cultura del corazón debe seguir los mismos pasos que la de la inteligencia. Las facultades morales, como las del entendimiento, son inherentes á la naturaleza humana, y deben cultivarse y dirigirse desde los primeros momentos de la existencia del hombre, siguiendo una marcha análoga en el desarrollo de unas y otras. Así como las del entendimiento se desenvuelven progresivamente por medio de ejercicios apropiados al grado de fuerza y vigor de cada una de las distintas edades del niño, del mismo modo las morales, lentas en desenvolverse, pueden y deben ejercitarse á medida que se manifiestan, hasta elevarlas al más completo desarrollo posible. En esto consiste la educación moral. Desde el primer instante en que el maestro admite bajo su cuidado á los discípulos, debe vigilar las pasiones nacientes del niño, dirigirlas, prevenir los abusos, reprimir sus extravíos, excitar los nobles instintos del alma, fomentar los buenos sentimientos, presentar el vicio en toda su fealdad y repugnancia, descorrer el velo bajo el que suele ocultarse la corrupción, preservar la angelical inocencia y candor de la primera edad; en fin, desarrollar la conciencia moral, restableciéndola en toda su pureza y claridad primitivas, inspirando al hombre sentimientos, pensamientos y acciones dignas de su origen y destino.

§ II.

Facultades morales.

Hemos dicho antes que la inteligencia, aunque simple en sí misma, ejerce su acción bajo variadas formas y comprende facultades subalternas. La voluntad, una é indivisible, es propiamente la única facultad moral, porque las acciones independientes de ella no son imputables, ni de consiguiente morales: sin libertad de acción no hay moralidad. Pero dotado el hombre de una facultad tan poderosa como la libertad de obrar,

necesitaba reglas que ordenasen su acción, y á este fin le fué concedida la conciencia, que le ilustra sobre sus deberes, y que podemos considerar sin inconveniente alguno para nuestro objeto, como una facultad moral. De la misma manera, los movimientos, las emociones y pasiones del alma, á que se llama sentimientos morales, pueden considerarse también como facultades, pues que ejercen un influjo notable en nuestra conducta, aun mucho antes que distinga la razón el bien y el mal. Los instintos y las inclinaciones del hombre, si bien no son más que principios subalternos de acción y no deben considerarse como facultades morales, pues que la moral no se propone ni puede proponerse dirigir otras acciones que las libres, son los primeros gérmenes de la voluntad, y en este concepto merecen nuestra atención cuando se trata del modo de educar á los niños.

Impulsar la voluntad hacia el bien con fuerza y perseverancia, á pesar de todos los obstáculos y todos los sacrificios, es el objeto que debe proponerse el maestro; y para esto necesita conocer los instintos y las inclinaciones que de ellas dependen, los sentimientos morales y la conciencia, así como las leyes de su desarrollo, para darles la conveniente dirección.

Aunque algunos no quieren reconocer instintos en el hombre, es lo cierto que desde el momento que ve la luz del mundo, respira, toma el pecho de la madre, en fin, obra por un impulso natural y ciego, sin deliberación, y aun sin tener idea alguna de lo que hace, que es lo que constituye el instinto. El niño que acaba de nacer busca lo que puede contentar sus necesidades y evita lo que le causa dolor y desagrado: llora y ríe, según que siente bien ó malestar. Más tarde, á los actos espontáneos agrega lo que ve ejecutar á las personas que le rodean; oye una pieza de música ó el sencillo canto de la madre, y la sensación agradable que experimenta le induce á imitarlo con sus alegres gritos; ve bailar, y ensaya sus fuerzas, agita sus pies cuando apenas pueden sostenerlo, y representa la imagen imperfecta de lo que ha visto; oye hablar, y comienza á producir sonidos, hasta que, sílaba por sílaba, aprende á repetir las palabras, y este instinto de imitación le lleva muy pronto á amar lo que los demás aman, á ocultar la verdad, porque los demás la ocultan, y á arrojar el libro de las manos por imitar la pereza de sus compañeros.

De estos impulsos naturales en el niño nacen luego las inclinaciones, difíciles de corregir, una vez adquiridas, porque nos arrastran á pesar nuestro, contra nuestros propios deseos. Por eso, tanto el instinto como las inclinaciones á que da origen, son de una influencia inmensa en la educación de la niñez, especialmente antes de la edad de la razón y de la conciencia moral.

Las emociones particulares del alma, á que llamamos sentimientos morales, tienen su origen en un ejercicio esencial de las facultades de la misma alma, son comunes á todos los hombres, y suponen algunas ideas. Manifiéstanse desde la más

tierna infancia, antes de que sea capaz el hombre de distinguir el bien y el mal, y desde entonces deben vigilarse y dirigirse. Antes del desenvolvimiento de la razón juzgan los niños de sus acciones y de las de los otros por el placer ó dolor que resulta de ellas, y de allí pasan fácilmente á distinguir el bien y el mal, á amar lo uno y tener aversión á lo otro. Cuando se practica una acción virtuosa, y el niño sabe apreciarla, ya por sus propias fuerzas, ya por las explicaciones de otra persona, experimenta un sentimiento de placer, de admiración y de amor, que le impele á imitarla; por el contrario, si la acción es mala, se llena de pena, de disgusto y de aversión. Cuando á un niño se le priva de un juguete, de un objeto cualquiera, por otra persona que se apodera de él, siente aquel niño un mal, que resulta de estar privado del objeto que le servía para su recreo, para el estudio ó para otro fin distinto. Pero al mismo tiempo que el niño experimenta este mal ó incomodidad, siente también algo más, siente el disgusto ó el desagrado producido por la injusticia. Escúchense, si no, sus quejas, y no solamente se le oirá dolerse del bien que se le ha privado arrebatándole el objeto de que estaba en posesión, sino también de la injusticia de la acción. La mentira empleada por un niño ó por alguno de sus compañeros para excusarse de una falta, ó por cualquiera otro fin, produce igual desagrado ó disgusto en el mismo niño que falta á la verdad, y en los otros que le escuchan, y si no la experimentan en el momento por falta de ideas suficientes, pues hemos dicho que los sentimientos morales suponen algunas ideas, una ligera explicación del maestro será bastante para hacerle experimentar é inspirarle aversión á la mentira.

Excitando y dirigiendo estos sentimientos se hacen llegar hasta el corazón del niño los primeros principios morales, y se establece la base de la conciencia moral, al mismo tiempo que se le da un poder de mucha influencia para ayudar á nuestra naturaleza á luchar contra las malas pasiones y los deseos injustos que puedan asaltarla en el curso de la vida.

Llega una época en que la inteligencia del niño se ha desenvuelto, en que se distingue el bien del mal, la virtud del vicio, en que todo anuncia la edad de la razón. Desde entonces distinguimos lo que es moralmente bueno de lo que es moralmente malo, por medio de la conciencia, voz sobrenatural que existe en el interior de todos los hombres, y les advierte constantemente la necesidad del cumplimiento de sus deberes. Desde entonces juzgamos de nuestras propias acciones y de las de nuestros semejantes; bajo el punto de vista del bien y mal moral, juzgamos las unas dignas de recompensa, y las otras dignas de castigo. Así la conciencia moral, ilustrada por la razón y por las verdades reveladas, es el fundamento de la moral, y debe ser también la norma de nuestras acciones.

El desarrollo de la conciencia moral es uno de los principales deberes, el principal de todos los del maestro. Como disposición natural, es ésta la misma en todos los hombres; pero se manifiesta muy distinta y variada en su desarrollo. Cuando se

abandona á sí misma tarda en desenvolverse, y sigue la dirección que le imprimen las circunstancias de que se halla rodeada. Por medio de la educación debe apresurarse y dirigirse su cultura, á fin de que el deber se imponga á su voluntad de una manera imperiosa, y de que al mismo tiempo que se le enseñe á conocer el bien, se le den fuerzas y energía para resistir el impulso de las pasiones. Así es como se fortalece la voluntad y se la dispone para acomodarse en un todo á las leyes divinas y humanas.

§ III.

Cultura del sentimiento moral.

Sin pretensiones, ni por mucho, de exponer los principios y deberes morales que los profesores están obligados á estudiar muy especialmente, porque es uno de los ramos del programa de sus estudios, y el que ocupa el primer lugar, hemos indicado cuál es el fin á que debe encaminarse la educación moral, y cuáles las facultades morales. Ahora nos toca manifestar el modo de desarrollar estas facultades en las escuelas, dando principio por el sentimiento moral, que es el que principalmente domina en la determinación de nuestra voluntad durante la niñez.

El amor es el primer sentimiento que parece desarrollarse en el hombre desde los primeros momentos de su existencia, como un medio que se le ha concedido para cuidar de su propia conservación. Reconcentrado primero en sí mismo, se extiende luego dentro del círculo de la familia á las personas que cuidan al niño, y á cuanto se presenta á su vista con caracteres agradables y le causa placer. Más tarde traspasa estos límites y se dirige á distintas personas y diversas cosas: sus compañeros y sus condiscípulos son objeto primero de esta misma afección, y por último, todos los hombres y todas las cosas dignas de merecerla, cuando este sentimiento ha sido bien dirigido, librándolo de las sugerencias del interés y del egoísmo.

Las primeras impresiones que recibe el niño al venir al mundo son de placer ó dolor: luego, después de su nacimiento, tal vez en el mismo día que abre sus ojos, experimenta placer cuando se le pasea tendido en los brazos de la nodriza ú otra persona cualquiera, y siente la penosa impresión del frío cuando se le lava y se le cambia de vestido. Sin reconocer la causa de estas sensaciones puramente físicas, se inclina á la una y tiene aversión á la otra, y á medida que se desarrolla su naciente inteligencia distingue las personas ó las cosas que le causan placer ó le hacen sufrir, y son objeto de su amor ó de su odio. Así, el amor, primero egoísta, pero necesario hasta con este carácter para la conservación del individuo, se extiende después gradualmente á la madre, á las personas que le cuidan, á toda la

familia, á sus compañeros y amigos, á la patria y á toda la humanidad.

Mas para que este sentimiento, que es el primero y hasta cierto punto el origen de los demás, no se pervierta, y con él los que se derivan de su desenvolvimiento, es menester que sea bien dirigido por medio de la educación. Como hemos visto, proviene del placer y el dolor que experimenta el niño, ó cuando menos, estas sensaciones tienen una gran parte en su desarrollo. Por eso es menester cuidar desde muy pronto y sin interrupción alguna de hacerle ver en qué consiste el verdadero placer y el dolor real. Su escasa y limitada capacidad intelectual por una parte, y la impaciencia, las ilusiones de los sentidos y los errores comunes y vulgares por otra, son causa de que se deje seducir por las apariencias y tome por placeres ó dolores verdaderos los que son ficticios. Cuando por medio de la educación no se le ha dispuesto á reprimir las inclinaciones suscitadas por los falsos placeres, el amor de sí mismo, justo y necesario para la satisfacción de las necesidades naturales y la conservación de la vida, se convierte en un egoísmo desenfrenado mucho antes de que sepa articular ninguna palabra, es decir, en la edad en que, según la opinión de la generalidad, no es susceptible de sujetar á reglas su conducta.

La satisfacción de falsos placeres da lugar al deseo de dominar, al orgullo, á la vanidad, á la envidia. Desde muy pronto piden y luego exigen los objetos que les causan impresiones agradables; gozan cuando se les proporcionan, y se irritan cuando no se les obedece. Considerando que se les deben como un tributo las atenciones benévolas que les prestan la madre y otras personas, se creen más que todos y se dan cierto aire de superioridad, que no es más que el orgullo; se estiman en más que á los otros, que tienen por inferiores suyos, y se irritan de las caricias dispensadas á su mismo hermano, de que proviene la envidia; quieren distinguirse, que los mimen y observen, que es el principio de la vanidad. Defectos igualmente perjudiciales al niño, aunque de distinto orden, se desenvuelven cuando ni se les hacen ver los requisitos de los verdaderos placeres y dolores, ni se les atiende de la manera necesaria. La falta de satisfacción de las necesidades naturales les causa dolor y disgusto, y en vez del amor que debiera excitar la satisfacción de una necesidad, se desenvuelve la aversión y el odio á la persona ó personas que no responden á sus justas reclamaciones, desconfían de la asistencia de los demás y no tienen fe en sus propias fuerzas, de que proviene la timidez y el abatimiento. Rebajándose á sus propios ojos, temen ponerse en presencia de personas de mayor edad que la suya, y no es extraño que, como queriendo tomar satisfacción de la severidad con que se les ha tratado, se hagan crueles y vengativos para con sus inferiores y con sus iguales, y aun con las demás personas hasta quienes puedan alcanzar los medios de hacer sentir sus malas inclinaciones.

Antes de que el niño asista á la escuela, ha hecho progresos en bien ó en mal este sentimiento, que es más fácil de precaver

que de corregir. Afortunadamente, cuando los maestros se encargan de la educación, acaban de salir sus discípulos de manos de la naturaleza, y no ha pasado tiempo bastante para arraigarse los malos hábitos. Cuando la educación del niño ha sido bien dirigida, no hay más que continuar la misma dirección; cuando por un amor mal entendido de los padres ó por una culpable indiferencia se ha viciado este primer sentimiento, es mayor el trabajo, porque debe empezarse por destruir la mala semilla sembrada en el corazón, para sustituirla de una manera provechosa; pero con paciencia y perseverancia se logra el objeto.

El niño cuyo exterior dulce y modesto, cuya amabilidad con sus discípulos es el indicio de su buen carácter, ó de que en la casa paterna no se han presentado á su vista más que buenas lecciones y ejemplos, se dirige con la mayor facilidad en la escuela. Si se le manda, obedece con puntualidad y con gusto; si se le habla de amor, ama; si de la desgracia, se enternece; si del dolor de otra persona, se conmueve y da rienda suelta á sus lágrimas. Para con este niño todo el trabajo del maestro está reducido á ilustrarle en los casos necesarios sobre las verdaderas necesidades y las necesidades ficticias, á fin de que no se deje seducir por las impresiones de los sentidos ni por las preocupaciones y errores vulgares. Así como la ternura y el cariño de los padres le inclinan irresistiblemente á amarlos y la superioridad física y moral á respetarlos, del mismo modo el buen trato del maestro, los cuidados con que procura instruirle y allanar las dificultades del estudio y el esmero con que procura precaverle de todas las incomodidades, producirán un efecto análogo en el discípulo, fortaleciendo el sentimiento de amor á sí mismo y el amor á los demás.

Cuando los niños manifiestan por sus ademanes, sus palabras y conducta que este primer sentimiento ha degenerado, lo primero es combatir las disposiciones viciosas por que haya sido reemplazado. Mas no se crea que el medio de conseguirlo sea el rigor; pues aunque en ciertas ocasiones son provechosas y aun indispensables las medidas de rigor, en la generalidad de los casos no lograrían más que agravar el mal en vez de remediarlo. Hay niños orgullosos y petulantes á quienes la bondad y la indulgencia los hace más insolentes y orgullosos, fomentando sus malas disposiciones, mientras que otros, en quienes dominan los mismos sentimientos, se irritan y exasperan cuando se les trata con alguna severidad, y ceden, y se acomodan á cuanto de ellos se exige tratándolos con amista familiaridad: á los unos los contiene el temor, á los otros los exaspera y embrutece. Entre los niños abatidos y humillados por la situación pobre y dependiente de su familia, ó por el mal trato y la indiferencia de ésta, los hay también que deben reanimarse por medios muy distintos. La afabilidad con todos para inspirarles confianza en sí mismos y en los demás, realzándolos á su propia vista, debe de ser el primer cuidado; pero meditando mucho las palabras que se emplean con este fin. Las advertencias y observaciones amistosas no bastan á veces

á algunos para animarlos y hacerlos salir de su habitual apatía; necesitan una excitación más fuerte para sacarles de la postración á que los han reducido las circunstancias de que están rodeados. A otros, por el contrario, la menor palabra que pueda indicar severidad los hiere vivamente, los desanima y aumenta su abatimiento; porque, con la costumbre de ser tratados con dureza é indiferencia, son muy propensos á dar un sentido desfavorable para ellos á las palabras y acciones de los demás, y creen fácilmente que no tienen más objeto que despreciarlos.

Por este orden pudiéramos hacer notar otras varias diferencias en las disposiciones características de los niños, deduciendo de ellas la conducta que debe observarse en la educación de cada uno; mas el profesor que ama y estudia á sus discípulos las distingue fácilmente, y basta llamar su atención sobre este punto al tratar del sentimiento que primero se manifiesta, y al cual deberán aplicarse en primer lugar los cuidados de que hemos hablado, para cumplir con exactitud los deberes que le impone su destino. Convencido de que el amor es un sentimiento de tanta importancia para la conducta moral, y tiene tan grande influencia en el desarrollo de los demás sentimientos que sirven de apoyo y sostén á la conciencia moral, no omitirá medio para cultivarlo en sus discípulos, excitándolo á veces, conteniéndolo y dándole la dirección conveniente en caso necesario.

Atendiendo á la cultura del amor de sí mismo, es preciso cuidar también de que este amor se extienda á los demás hombres, á todo el género humano, bajo cuyo aspecto este amor se llama sentimiento de sociabilidad, y supone la benevolencia, la beneficencia y la caridad.

A pesar de las disertaciones de algunos filósofos del siglo XIII, y de Rousseau particularmente, acerca del estado natural, no puede ponerse en duda que el hombre es un sér sociable. Sus necesidades y facultades demuestran hasta la evidencia que no puede vivir sino asociado á sus semejantes. ¿Qué sería del germen precioso de las facultades de la inteligencia y del corazón con la cultura encomendada á las únicas fuerzas del mismo individuo en cuya alma se hubiese implantado, y, sobre todo, qué sería el niño desnudo y abandonado desde el momento que viniese al mundo? Fuera de esto, la experiencia nos hace ver que hay en nosotros una inclinación natural á buscar la compañía de otras personas, y, en su falta, la de los animales; inclinación que se manifiesta muy pronto en la vida y dura toda ella.

Este sentimiento, cuyo desarrollo empieza en el seno de la familia, se extiende en la escuela por las relaciones mutuas que se establecen entre los niños durante las lecciones, y más aún durante las horas de recreo. La escuela es á la vez una familia más dilatada, y un mundo en pequeño donde se hace el aprendizaje de la vida. La relación de la escuela con la familia y con la sociedad establece un tránsito natural y fácil del trato do-

méstico al trato de los hombres. En la escuela se ensayan mutuamente los niños en las relaciones sociales, porque, aunque en pequeña escala, reinan allí las mismas prácticas y costumbres que en la vida y se agitan las mismas pasiones. El ejemplo y las lecciones del maestro son medios directos de que debe valerse, sin perdonar ninguno de los indirectos, que ocurren con frecuencia, para excitar y sostener la unión y concordia entre sus discípulos, fomentando la dulzura y franqueza en el trato, la afabilidad y la complacencia en todas sus relaciones. Sujetos á una disciplina común, á unos mismos estudios y á los mismos recreos ó diversiones, además de la inclinación natural en todos á amarse mutuamente, se hallan en circunstancias muy ventajosas para formar entre sí la unión más cordial y la amistad más sincera.

Las lecciones del maestro contribuirán mucho á producir este resultado, grabando en el corazón de los niños el precepto de amar al prójimo como á sí mismo; pero nada produce tanto efecto como las reflexiones á que dan lugar, tanto los ejemplos como las faltas de armonía entre los mismos niños, si el maestro sabe sacar partido de las circunstancias favorables.

Ni la edad, ni el saber, ni la posición social de la familia de los alumnos, debe dar motivo á establecer diferencias entre ellos, ni á inquietarse ni á molestarlos unos á otros. El abuso de la fuerza física y de la capacidad intelectual debe pintarse á los niños como una ruindad y una cobardía miserable; el que maltrata á un compañero de menos edad ó más débil, al que sabe menos y es de corta capacidad, debe sentir toda la indignación del profesor, y lo mismo debe suceder á los que se burlan del que padece algún defecto físico ó intelectual, á los que ponen en ridículo á alguno de sus compañeros, haciéndole servir de juguete ó pasatiempo de los demás. Hay generalmente en todas las escuelas algunos niños que ejercen gran ascendiente sobre los otros, y abusando de él cometen estas faltas, tanto más perjudiciales, cuanto que su mismo ascendiente da más autoridad á su mal ejemplo. Si el maestro no pone pronto remedio, esta disposición se propaga rápidamente como un contagio, porque la aquiescencia de los mismos que son objeto de las burlas y malos tratamientos, por no exponerse á que se aumenten, alienta á los demás á imitarlos. Afortunadamente hay en manos del maestro un medio muy poderoso, no sólo para destruir esta propensión á la burla y el escarnio, sino para hacerla servir al fin contrario. La superioridad de unos sobre otros está fundada siempre en alguna circunstancia, ya de saber, ya de firmeza de carácter, etc., y esta circunstancia puede servir muchísimo para ocupar á los que estén adornados de ella, bien en la enseñanza, bien en la conservación del orden, según el régimen adoptado. Por regla general puede decirse, fundándonos en la experiencia, que los niños más traviosos son los que se portan mejor y dan más buen ejemplo en las escuelas cuando se les confía alguna autoridad. Así se ve que, hasta de los niños al parecer más rebeldes, de los más propensos á turbar la buena armonía